

MACRI Y EL ESPEJISMO DE LA CEOLOGÍA



Fotomontaje: Juan Atacho

PAULA VARELA
Politóloga, docente de la UBA.

GASTÓN GUTIÉRREZ
Comité de redacción.

Macri hizo campaña electoral con la infantería de las ONG pero terminó gobernando con los tanques de los CEO. Devaluación, inflación y despidos son las nuevas palabras del relato que Macri enunció, delectó o balbuceó, para explicar por qué la “catástrofe kirchnerista” dejó cuentas que no cierran sin ajuste¹. La táctica electoral duranbarbista dio paso a la estrategia de los grandes monopolios y, en ese giro, el lugar de los CEO no es simple venalidad.

Vocación de servicio

Beatriz Sarlo señaló que Macri y su gobierno tienen un “vacío simbólico” que lo despoja, por ahora, de un relato². Otros quisieron ver en el discurso de apertura de la Asamblea Legislativa el comienzo de reversión de ese vacío: los liberales como recurso necesario para justificar las medidas más impopulares, los kirchneristas como invención de una catástrofe que no sucedió para poder justificar un ajuste innecesario. Sin embargo, la argamasa más profunda del nuevo relato en ciernes reside en la ideología que Marcos Peña (perdón, “y equipo”) utilizan en la comunicación del nuevo gobierno. Ésta se despliega en las redes sociales y los grandes medios, pero tiene su materialidad en el peso desorbitado de gerentes y representantes directos del capital en los principales puestos de gobierno. La idea es simple: nadie mejor que ellos

para transmitir un nuevo *ethos* que anuncia la era de la “modernización del Estado” basada en una administración racional del erario público. Aunque la descripción de tal empresa fue más bien pobre: un dudoso combo de algunos documentos *on-line* por venir y muchos despidos que ya llegaron, la transformación del “Estado de los parásitos” en el “Estado de los gestores” es el *nervio ideológico* principal del nuevo gobierno. Este nervio permite leer dos cosas que exceden al propio PRO (y mucho más a Marquitos). En primer lugar, la persistencia subterránea de la crisis de las castas políticas de los partidos tradicionales que el kirchnerismo vino a suturar post 2001 a fuerza de estatismo. En segundo lugar, la fragilidad de esa sutura que hace que hoy, 15 años después, vuelva a aparecer bajo la forma del hastío de los parásitos que viven del Estado. El PRO es el intento de sutura por derecha de la crisis de las castas políticas y su relato es el de la modernización de los expertos en gestión. Así lo exaltó *La Nación* en su habitual sermoneo editorial:

Con su equipo de fogueados administradores –que, además, son llamativamente jóvenes– el presidente de la Nación está poniendo en práctica una nueva forma de gestionar el Estado. Una forma donde los funcionarios no se servirán de él, sino que entregarán lo mejor de sus

experiencias profesionales para mejorar la vida de los argentinos. Aunque, al hacerlo, empeoren las propias³.

Hermosa transmutación en la que los CEO se parecen mucho más a los voluntarios desinteresados de una ONG que a los representantes de las empresas y con ellas, de su impiedad (como lo sabe cualquiera que vea el personaje de Echarri en *La Leona*). Hermosa síntesis entre la eficacia de los CEO y el voluntariado de las ONG. Si en el relato kirchnerista la defensa de que los empresarios “se la lleven en pala” venía por el lado de concebir un Estado árbitro que los humanizaba con su regulación (y con los recursos del viento de cola), en el relato macrista la defensa de la pala para la misma clase (aunque no necesariamente para los mismos sectores en su interior) viene por el lado de concebir un empresariado cuyos gerentes (no se sabe bien por qué) dejan de defender intereses particulares y pasa a defender los generales. Hay que reconocer que si aquello exigía ya una profesión de fe (sino pregúntele a los trabajadores de Lear cómo humanizó el Estado a los intereses de la multinacional yankee), esto es un salto que ya exige el fundamentalismo. No se conoce, hasta ahora, que la modernización haya empeorado la vida de algún sacrificado CEO; lo que sí se sabe es que en escasos tres meses ya empeoró »

la vida de más de 20 mil despedidos en el sector público a fuerza de resoluciones ministeriales.

Los superamigos

En “¿Por qué triunfó la rebelión de los CEO?” decíamos:

El PRO y su impronta de *team leaders* pragmáticos es un *doble* vehículo: de configuración de una nueva casta gerencial del Estado, y de un copamiento directo por las multinacionales del poder ejecutivo. A tal punto eso se volvió evidente en los nombres del gabinete, que Clarín se vio obligado a preguntarle a Peña si no habría “conflicto de intereses” entre los ministros y sus cargos (o sea, entre el interés privado y el “general”). Estos dos problemas llevan a un tercero: la necesidad de aplicar un ofensivo programa de clase⁴.

Tres meses después, la relación indisoluble entre casta gerencial del Estado y multinacionales roza lo obscuro. En un estudio reciente de CIFRA se aportan datos acerca de la trayectoria educativa y laboral de los principales cuadros gubernamentales. Concluyen que bancos transnacionales, producción y refinación de hidrocarburos y servicios (teléfónicas, electricidad e informaciones) constituyen las actividades con mayor cantidad de funcionarios⁵. Alejandro Bercovich señaló en la revista *Crisis*:

...la fidelidad de los alfiles corporate es, ante todo, con la organización que los convirtió en lo que son. Y la de los empresarios que ponen en riesgo su propio capital, con ese capital que también preserva su lugar privilegiado en la sociedad⁶.

Efectivamente, la casta de los CEO está incapacitada de afectar aunque sea mínimamente las ganancias de los mundos empresarios a los que pertenecen. ¿O alguien puede pensar que Buryaile (CRA y ex Mesa de Enlace) podría sostener un aumento de las retenciones a la soja?, ¿acaso Aranguren, que empezó como becario en Shell en el lejano 1977, pudiera aunque sea coquetear con tocar la renta petrolera?, y Pancho Cabrera, que fue “expropiado” de su negocio de AFJP, ¿sentirá aflicción por las miserias del sistema provisional?

La Argentina “atendida por sus propios dueños”, como popularizamos en nuestras denuncias desde la izquierda, se ha mostrado prístinamente en estos meses. Y el “conflicto de intereses” que trae ya evidenció un tendal de negocios y beneficios “particulares” que se proponen la (no sencilla) tarea de dejar chiquito el “capitalismo de amigos” kirchnerista. He aquí algunos casos del “capitalismo de superamigos” macrista: Buryaile y la exponencial baja de las retenciones para el agropower, Gustavo Lopetegui (ex CEO de LAN) y el ajuste

del presupuesto de Aerolíneas Argentinas (con los preanuncios de despidos masivos), el secretario de comercio Braun (de supermercados La Anónima) y el alza incontrolada de los precios. A lo que habría que agregar la continuidad de Lino Barañao en Ciencia y Técnica y sus vínculos con Monsanto (cosa que los “científicos autoconvocados” de CONICET suelen olvidar). Para tener más casos disponibles, como repiten los amigos de globos amarillos: “hay que darles tiempo”.

El Estado “nac&pop” parió a los CEO

La discusión sobre la relación entre el personal político del Estado y los intereses de clase que ese Estado defiende tiene una larga tradición en el marxismo. De allí que cualquier posición que intente resolver el problema al grito de “el Estado es capitalista y punto” o “lo que importan son las relaciones sociales y no las personas” no hace más que festejar un marxismo de gabinete con nula voluntad de intervención política (y por ende, de transformación social).

El conocido debate Miliband-Poulantzas⁷ es un buen ejemplo de la importancia que el marxismo ha dado a la distinción entre naturaleza de clase del Estado (burgués) y origen de clase de su personal político. Repongámoslo mínimamente. En 1969 Ralph Miliband publica *El Estado en la sociedad capitalista*. El objetivo del libro era oponerse a los teóricos de la democracia liberal que afirmaban que la separación entre propiedad y control (o sea, la separación entre burgueses y CEO) había terminado empoderando (para usar una expresión cristinista) a los *managers*. Y dado que éstos no tenían intereses como propietarios en sentido estricto (porque no lo son), su conducta no estaba movida por la persecución de beneficios propios sino por el crecimiento general como una suerte de interés común (cualquier parecido con la editorial de *La Nación* y los CEO del interés general no es pura coincidencia). En este contexto, el Estado dejaba de ser un instrumento de dominación de clase (o sea, un Estado burgués) y pasaba a ser un espacio de competencia de una pluralidad de elites económicas y políticas (entre las que están los *managers*) que impedía que alguna de ellas impusiera una efectiva dominación de clase. Según estas teorías, dice Miliband, la competencia entre elites, “sancionada y garantizada por el propio Estado, garantiza la difusión y el equilibrio de poder, y que ningún interés particular pesará demasiado sobre el Estado”⁸. Contra estas teorías (conocidas como managerialismo) es que emprende un estudio empírico buscando demostrar que los sectores sociales entre los que el Estado recluta su personal político (clases medias y altas) comparten intereses económicos pero también ideologías que hacen que, aunque individualmente no persigan un beneficio particular, ese personal sea clave para garantizar la dominación de clase del

Estado burgués. Si Miliband emprendiera hoy un estudio empírico similar en Argentina volvería a refutar a las teorías managerialistas (hoy vestidas de CEO-Heidi) y no tendría más que decir: “yo te avisé”.

Ahora bien, es Nicos Poulantzas (sobre el que hemos escrito críticamente en esta revista⁹) quien apunta (acertadamente) una debilidad del argumento de Miliband y prevé el desvío “empirista” y “subjetivista” que puede tener esta visión de la relación entre personal político y carácter de clase del Estado. Poulantzas sostiene que, si bien la fortaleza del estudio de Miliband es desmitificar cualquier fantasía de neutralidad del Estado, su error consiste en reducir el análisis del carácter de clase del Estado al análisis de su personal político y sus motivaciones personales, en la medida en que este carácter no se juega en el terreno personal (puede haber *managers* con las mejores intenciones!) sino en las relaciones sociales de producción que ese Estado garantiza aunque lo haga a través de un funcionario salido de las filas de los sectores populares.

Es a la luz de estos debates, ampliamente conocidos por Eduardo Basualdo y su equipo (de hecho Poulantzas es una referencia explícita de sus trabajos), que el informe (que provee datos muy interesantes sobre la trayectoria educativa y laboral del actual personal político del Estado bajo el gobierno de Macri) muestra su costado “interesado”. El personal político del Estado no es la única variable de medición de su carácter de clase, ni siquiera de qué fracciones de clase son las hegemónicas en un determinado momento histórico. Más aún, justamente por lo que señala Poulantzas, puede haber momentos en que el personal del Estado puede aparecer contradictorio con los intereses que se benefician efectivamente a través de la política estatal. Un ejemplo de eso es el caso del ex ministro de Economía Axel Kicillof. Si uno se guiara por su trayectoria educativa y laboral (egresado de la UBA, docente e investigador universitario, autor de un libro sobre Keynes, incluso miembro activo de la gremial docente de su facultad), uno no podría menos que esperar de él una serie de políticas rebosantes de beneficios a los sectores populares. Sin embargo, fue Kicillof el personal político que llevó adelante el combo de devaluación y pago al Club de París, mientras festejaba el carácter de “pagadora serial” de deuda externa, tal como se autodenominó la presidenta Fernández. El actual ajuste es la profundización de lo iniciado en el “tramo Kicillof” y, en caso de un triunfo de Scioli, todos los indicios marcaban un rumbo económico similar. Los despidos con represión de estatales de Santa Cruz y Santiago del Estero no hacen más que confirmarlo, aunque quienes los llevan adelante no hayan pasado por la gerencia de ninguna multinacional. Estas son pequeñas muestras de que si bien el banquete de CEO del gobierno macrista no deja dudas sobre el carácter de clase del Estado

en la Argentina actual, el razonamiento inverso no es bajo ningún concepto válido. CIFRA parece adherir a distintas teorías del Estado según su conveniencia. Para leer el Estado bajo el gobierno de Macri se vuelve un marxista milibandiano, pero para leerlo bajo su propio gobierno (el kirchnerista) termina abrazando (en nombre de Poulantzas) una suerte de teoría en la que el Estado es el árbitro de bloques de intereses que compiten entre sí, alentando la fantasía (tan común entre kirchneristas) de que ese arbitraje permitiría la transformación del Estado capitalista en un Estado a favor de los intereses populares. No solo el Estado bajo el kirchnerismo fue

burgués sin medias tintas, sino que varios de los sectores capitalistas que hoy pueblan la lista de beneficiados por el macrismo poblaron también la lista de los beneficiados por el kirchnerismo. Más aún, la timidez del arbitraje estatalista del kirchnerismo es directamente proporcional a la velocidad con que avanza el ajuste de Macri; y el desplazamiento de la camarilla kirchnerista, con denuncias de corrupción incluidas, a la naturaleza fantasmal de su carácter “popular”. ●

1. “Entre el sueño eterno y el pantano de lo real”, Lucía Ortega y Pablo Anino, en este número.

2. En el programa *Quiero que me expliquen*, 02/03/2016, Canal Metro.
3. “Un gabinete de CEO”, *Ideas de La Nación*, 24/01/2016.
4. Varela, P. y Gutiérrez, G. en *IdZ* 26.
5. “La naturaleza política y la trayectoria económica de la alianza Cambiemos”, *DT* 15, febrero 2016.
6. “Todo el poder a los CEO”, *Crisis* 23.
7. Compilado en *Debates sobre el Estado Capitalista*, R. Miliband, N. Poulantzas y E. Laclau, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 1991.
8. *Ibíd.*, p. 5.
9. “Poulantzas: la estrategia de la izquierda hacia el Estado”, *IdZ* 17 y “Poulantzas, la democracia y el socialismo”, *IdZ* 19.



Entrevista a Sergio Morresi

FABRICADO PARA GANAR

Sergio Morresi es el autor (junto con Gabriel Vommaro y Alejandro Bellotti) de *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Aquí charlamos sobre el libro y nos cuenta cómo ve los primeros 100 días de gobierno PRO a la luz de los orígenes de esta nueva derecha.

IdZ: ¿Qué recepción tuvo el libro en el macrismo?

A los militantes de PRO (que ellos llaman voluntarios) les gustó mucho porque los visibiliza. A los dirigentes, sé que a algunos no les gustó nada y les pareció horrible, porque nosotros insistimos en que a pesar de todo creemos que es un partido de derecha, y ellos están muy convencidos de que eso no puede ser así. Más allá de esa discusión, creo que la cuestión del libro es explicar cómo era posible que después de los '90 y de la crisis de 2001, un partido como PRO ganase en la Argentina y vaya a llevar adelante un programa que, creo yo, es claramente de centroderecha.

IdZ: Se entiende que la crisis del 2001 tiene que ver con la crisis del partido radical, ¿pero en qué sentido los '90 explican el fenómeno?

Hay una cuestión más politológica que tiene que ver con que el comienzo de todo está con la crisis del radicalismo que empezó en los noventa, y uno incluso podría retroceder y ver la crisis del PJ capital. Pero, además, yo pensaría más socialmente la etapa neoliberal. Muchas veces se la malentiende, porque en el slogan es fácil decir “el neoliberalismo reduce el Estado”, o “quiere un Estado bobo, chico, amorfo”. Mentira. El neoliberalismo hizo un Estado recontra fuerte, con muchísimo gasto público (obviamente centrado en ayudar a ciertos sectores de la burguesía, nacional o transnacional según diferentes momentos). Pero no era un Estado ni chico, ni bobo; era inteligente y cada vez más grande. En cierto sentido era un Estado que atacaba a la sociedad, era un Estado *frente* a la sociedad. Y

la sociedad respondió de diferentes modos, de acuerdo a su origen socio-cultural o su orientación política, para no hablar de clases sociales en un sentido más duro (aunque creo que también se podría hablar de clases). Pero en términos más socio-culturales, lo que podríamos llamar la clase media y media-baja, y los sectores más orientados hacia la izquierda reaccionaron a través de los movimientos sociales. Otros sectores de la clase media y media-alta, reaccionaron con las ONG. Ambas reacciones fueron una forma de resistencia de la sociedad frente a un Estado que avasallaba. Cuando ese Estado entra en crisis en 2001 la que pasa al frente es esa sociedad civil. Una respuesta a esa crisis fue la incorporación de los movimientos sociales dentro »



del aparato del Estado (kirchnerismo). La otra respuesta, la de las ONG quedó ahí, disponible. Kirchner recoge en algún punto a los movimientos sociales y les dice “Bueno ok, pero acá adentro, con esta dirección y este sentido”. Macri les dice a las ONG “el Estado no puede, sigan haciéndolo ustedes, pero conmigo”. El macrismo es otra respuesta a la crisis de 2001. Por eso, y es mi opinión, yo no creo que estemos en una etapa posneoliberal. Estamos en una etapa distinta a la del neoliberalismo de los ‘90, pero no se acabó el neoliberalismo, sino que estamos todavía tratando de encontrarle una respuesta a lo que fue el neoliberalismo. El kirchnerismo fue un intento de responder (que no desmontó el andamiaje neoliberal) y el de Macri es otro. Políticamente se fueron conformando dos bandos, uno inclinado a la izquierda, el otro a la derecha. Como en un espejo. Los dos se construyen mutuamente, y a los dos les quedaba cómodo estar enfrentados.

IdZ: Ahora cumplió 100 días, ¿cómo la ves?

El kirchnerismo en 12 años tuvo una impronta cultural muy fuerte. El macrismo no parece tener el bagaje para reemplazarlo porque es un partido nuevo y parte de su identidad es no tener un panteón que reivindicar ni un folklore que mostrar y al que adherir. Además hace gala de no querer tener un relato. No sé si lo va a tener o no, pero por ahora no lo tiene desarrollado. Entonces, sin esa impronta cultural es difícil llevar adelante la ambiciosa agenda de centro derecha que se pusieron. Ganó por muy poco, pongamos como Bush (hijo) en Estados Unidos. Pero Bush tenía tras de sí a un partido de 200 años y mayoría de gobernadores. El PRO no tiene una tradición, ni héroes, ni mártires. Y está en una situación en la que nunca estuvo, porque mientras gobernó la CABA, que es una ciudad rica, no tenía que enfrentar una decisión de suma cero: él podía decidir “beneficio a tal o no lo beneficio”, pero ese beneficio no iba en desmedro de nadie porque había recursos. Ahora, en el gobierno nacional la situación es distinta y alguien tiene que perder. O se resignan ganancias o se resignan salarios, y todas las medidas que se tomaron parecen orientadas a que se deben resignar salarios.

IdZ: En su análisis de la composición del partido destacan distintas vertientes: radicales, peronistas, ONG y CEO. Por la composición del gabinete daría la impresión de que de esas vertientes la que triunfó fue el sector de los CEO. ¿Lo ves así?

Estoy de acuerdo porque efectivamente hay más CEO en el gobierno nacional actual de lo que hubo en otros anteriores e incluso, proporcionalmente, más que los que estuvieron en el gobierno de la Ciudad. En la ciudad era más fácil que hubiera pocos CEO, porque tenían un rol muy claro; había una división del trabajo donde los CEO siempre estaban en el lugar donde estaba el dinero. Vos podías poner a un

pedagogo para educación, pero el que maneja la plata tenía que ser de SOCMA (Ibarra, actual ministro de Modernización). De todos modos, pondría algunos matices a la idea de que el país está siendo dirigido “por sus dueños”. Los CEO no son los dueños de las empresas; en algún punto son empleados que ganan muchísimo dinero, que piensan incluso más a la derecha que los empresarios, pero no son los dueños y, entonces, no necesariamente están en el Estado para beneficiar a las empresas en las que trabajaron. Es cierto que ya podemos ver algunos casos en los que ex CEO han tomado medidas que benefician a los accionistas de los sectores de los que ellos provienen. Pero me parece que vale la pena subrayar algo que va más allá de la idea de la “puerta giratoria” entre Estado y mercado. Por lo que nosotros vimos en la CABA, quienes provienen del mundo empresario tienen una mirada sobre el Estado y la sociedad muy particular y tienen la convicción de que ellos pueden aportar al Estado la eficiencia y la eficacia que los políticos y los burócratas no le pueden dar. Tienen fe en sus propias capacidades. Obviamente que eso es muy discutible, pero lo importante es que efectivamente es una creencia arraigada en ellos y también en buena parte de la sociedad argentina. En algunos casos, viven su paso por la gestión pública apenas como un escalón en su carrera profesional. En otros casos, descubren que les gusta la política y deciden “hacer el *switch*” y presentarse a cargos electivos.

IdZ: La predominancia de los CEO trae alguna crisis a la idea de “nueva derecha”?

Lo que tiene de nuevo el PRO respecto de la derecha tradicional es la gente de las ONG, los profesionales, los que vienen del mundo del voluntariado. En cierto sentido, los que vienen de las empresas también son una novedad, porque presentan sus acciones de forma abierta y activa. Es verdad que los empresarios siempre estuvieron en política, las grandes empresas no pueden desarrollarse sin contactos con la política. Pero es la primera vez que esos vínculos son tan abiertos y claros. El gesto de Cristiano Ratazzi (presidente de FIAT) de ir a fiscalizar para el PRO es fabuloso, diciendo “ahí voy” a pesar de haber tenido muchísimos encontronazos personales con Macri. Pero para mí lo más interesante es mirar de cerca a quienes vienen de las ONG, que llegan a PRO “con las mejores intenciones”, que no vienen a “hacer política” (en el sentido de militancia ideológica), sino “políticas de Estado”, gente que sostiene que no le interesa las ideologías y que vive su paso por la política como una extensión de su trabajo anterior. Nos decían, por ejemplo, “yo en realidad vengo a hacer lo mismo que siempre hice, trabajaba en cuestiones sociales en una ONG y ahora estoy acá, hago lo mismo, y no es política”. Es otra forma de entender la política y el Estado, que en más de un sentido es el *tono*, la identidad del PRO. Si le sacaras eso, PRO no sería lo

que es; sería apenas un rejunte de las fuerzas de derecha más algunos peronistas y radicales desencantados y los empresarios que estaban cerca. Lo que produce efectivamente algo nuevo es lo que viene de la crisis de 2001 (otra vez) y es esa gente que venía laburando en ONG, en voluntariados sociales, en las escuelas, en el misionerismo católico. Ellos viven su entrada en política como una entrega, como un sacrificio. Dicen “yo podría estar disfrutando de mi familia, pero estoy acá”, o “yo podría estar ganando miles de pesos, pero estoy acá”. Cosa que no se sabe, ¿no?, porque no todos los profesionales ni los empresarios son exitosos, pero en su cabeza sí, entonces viven eso como un servicio que le hacen a la sociedad.

IdZ: ¿La aspiración, que no entraría en contradicción con esa “identidad”, sería transformarse en el nuevo partido de las clases medias?

Sí, yo no sé si solos, o con Cambiemos. Pero, además, me parece que están pensando en estrategias para extender el voto en los sectores populares, como el Plan Belgrano. En los últimos 12 años se invirtió mucho en las provincias del Sur, que no aportan muchos legisladores, mientras en el Norte hubo desinversión y manejo del “látigo” más que de la zanahoria. Me parece que el nuevo gobierno quiere invertir ahí porque son muchos más senadores y diputados y su objetivo es cambiar un poco el mapa político argentino. La zona núcleo los votó, pero no hay que exagerar eso, porque el grueso de los votos de PRO está en los centros urbanos. La idea de PRO no se reduce a ser el partido de las clases medias. La aspiración es tener muchos más votos de las clases populares y el plan Belgrano parece destinado a eso: es un proyecto en ciernes para cooptar a un sector que tradicionalmente apoya al peronismo. Este intento de redibujar el mapa político puede traer efectos sociales y políticos importantes en el largo plazo. Pero volviendo sobre el tema de qué tipo de derecha es PRO, yo diría que no es una derecha reivindicatoria sino una derecha que quiere poder propio y eso me parece que lo diferencia claramente de otros proyectos de la historia argentina (como la UCEDE). En Chile pasó algo similar; después de pulsar, al final la que triunfó no fue la derecha más doctrinaria, sino la UDI con un discurso mucho más fluido, pero igualmente fracasó porque la agenda que tenía por delante no era sencilla, el neoliberalismo está extendido en Chile y era difícil “ir por más”. También se lo podría comparar con el PAN mexicano, por la cuestión empresarial y el gradualismo en el crecimiento, y extremando las cosas me preguntaría ¿el PRI no sería como el peronismo?, puede ser, hay algo de eso que merece ser estudiado.